

CONTRA LA LINEA RECTA

Nuria Amat

Que Gaudí era un genio, nadie lo pone en duda. Que, además de genio, fuese un santo ya no resulta tan convincente pese al interés de una parroquia de fans programada para llevar al artista a los altares. Prefiero defender la tesis de una personalidad obsesiva que lo hacía más próximo y humano en su tarea arquitectónica de suplantar a Dios en el mundo limitado del arte. ¿Qué clase de hombre era Gaudí? ¿Un místico o un depresivo? Ahora, cuando tantas voces se empeñan en santificarlo merece la pena detenerse unos minutos en el enigma de su obra creativa. Siempre hay un halo de oscuridad en la biografía de los genios. Esta parte negra del alma que la misma obra del artista sabe ocultar en una secuencia de formas sin sentido. ¿No será la santidad recién atribuida a Gaudí una manera superflua de comprender o acallar su misticismo? Ese estado espiritual y contemplativo que lo llevaba a navegar por negros y tormentosos espacios constructivos, terrenales y divinos. En la forma de construir sus edificios describe Gaudí sus propias depresiones como le sucede a San Juan de la Cruz cuya obra está abonada por completo de factores y elementos propios de la depresión melancólica. Cuando la palabra artista de tan desprestigiada ya ni se atreven a usarla los embaucadores del arte, vienen los listos a proclamar a Gaudí como un nuevo santo de la iglesia y de la arquitectura. Sin embargo, conviene bajarlo de su trono de santidad para ver en él a otro gran melancólico de la historia. Al igual que Dante Alighieri, Virginia Woolf, Tolstoi o Dostoievski, Gaudí tuvo la valentía de dar a su vida (oscura, gris,

depresiva y espiritual) un sentido que va más allá de lo material y puramente intelectual.

Pocas dudas quedan ahora sobre la relación estrecha entre genio y locura. La depresión melancólica puede ser un tremendo lastre para la vida a la vez que un acicate para la inteligencia cuando las fisuras internas de la enfermedad permiten profundizar en el conocimiento de uno mismo. Schopenhauer, otro melancólico genial, dijo que “el genio se halla más cerca de la locura que la inteligencia media”. ¿No era Gaudí más loco que santo? ¿O menos místico que poeta? No todos los depresivos son místicos pero sí se ha podido comprobar la existencia de una relación y consecuencia directa entre la mística y la depresión. Encerrados en las hondas vivencias de la melancolía estas personas están condenadas a buscar. ¿Qué buscaba Gaudí con sus grandes obras abiertas y económicamente ruinosas y en las que trabajaba en todas ellas a un tiempo? Su trabajo ha sido definido como de “construcción orgánica” dado que a una idea iba sumando las precedentes sin dar nunca por concluida su tarea. La Pedrera o Casa Milá es un monumento a la forma redonda. Su importancia, dicen los expertos, reside en que constituye una síntesis de todos los elementos gaudinianos. Su belleza, creo (y ahí se encuentra el trasfondo de su arte), está en que no logra armonizar de manera satisfactoria para él la multitud de elementos que la integran. ¿Cuál es la forma definitiva de La Pedrera si es que hay una forma última? Gaudí ordena y desordena. Toca y retoca. Es un descreído y un devoto. Peregrino del infierno. La obra crece en espiral. La deja inacabada. Un capricho, dicen los profanos. En realidad, una necesidad imperiosa de ir contra la línea recta. Pero también este es el modo con el que Juan de la Cruz escribía su obra. Con un perfeccionismo obsesivo

que lo deja siempre insatisfecho y lo lleva continuamente a revisar su trabajo. Para que una obra sea perfecta hay que interrumpirla. Cada obra del poeta como sucede con la del arquitecto es una revisión o compendio de todas las demás. El arte de la redundancia llevado al grado sumo hermana a los genios. La misma tendencia a repetir, corrigiéndolas y ampliándolas, las ideas y los elementos expuestos con anterioridad. La misma voluntad por ser prolijos y ordenados. Las digresiones del poeta son las desviaciones del arquitecto que concluyen en el clímax de la unión artística. En ambos artistas la melancolía forma parte de su proceso creativo. ¿No será la similitud tan especial entre arquitecto y poeta de la que se aprovecharán algunos para santificarlo? Como si el arte ya no se bastara a si mismo para explicar el genio.